

Es artista visual y gestora cultural. Piensa y vive su obra en relación con otras prácticas. En ocasiones, sus pinturas se entremezclan con la tierra, las plantas y materias orgánicas; otras veces, sus obras se exponen a la intemperie, a la convivencia con la artista, al caminar del público sobre ellas y al paso del tiempo. En sus instalaciones, León interviene el espacio con precisión e invita a establecer una conexión con lo trascendente.

Lejos de concebir sus soportes como superficies neutras, la artista los entiende como campos cargados de historias que ella reactiva y resignifica en su práctica pictórica. Sus obras integran marcas, manchas y accidentes en un proceso de constante reescritura, afirmando la vitalidad de unos materiales que se resisten a ser meros soportes pasivos. La obra de Catalina León se construye como un delicado equilibrio entre su acción creativa y la capacidad de actuación de unos materiales que parecen respirar y ofrecerle resistencia, configurando un «laboratorio» donde se experimenta con la condición de la pintura. La artista busca hacer de cada pieza una matriz para evocar la vida palpante.

Ha participado en exposiciones colectivas en instituciones como la Fondation Cartier pour l'Art Contemporain (París, 2005), el Musée d'Art Contemporain (Lyon, 2008), la Casa de América (Madrid, 2010), el Museo Moderno (Buenos Aires, 2012), Malba (Buenos Aires, 2009 y 2011) o la Bienal de Curitiba (Brasil, 2019), entre otras. En paralelo a su trabajo como artista, en 2006 inició un recorrido en el mundo de los cuidados paliativos y en 2010 cofundó Vergel, una ONG dedicada a entrelazar el arte y la salud, de la cual sigue siendo la coordinadora general.



Yamulemau y Yambeque
[en la imagen *Yamulemau*]
2023-24
240 x 120 cm
Acrílico látex, apliques y bordado sobre tela y lápiz sobre papel preparado con enduido sobre estructura de madera

Diseño gráfico: ZAINA

Consell de Cent, 286 Barcelona
Lunes a viernes 10.30 – 14h, 15.30 – 19.30h
Sábado 11 – 14h

www.galeriamayoral.com @galeriamayoral info@galeriamayoral.com 0034 934 880 283

Agñipé

Catalina León

19 septiembre – 16 noviembre 2024

A veces aparece algo hermoso cuando no lo buscas

En noviembre de 2023, Catalina León y yo pasamos dos semanas juntas en una residencia para artistas en la pequeña localidad de San Carlos, en la provincia de Salta, Argentina. El Museo Jallpha Kalchaki nos acogió como parte de un intercambio cultural y experimental para poner en contacto artistas contemporáneos con diferentes conocimientos y oficios locales, desde la cerámica hasta la medicina vegetal. El aire es árido en San Carlos: el polvo lo cubre todo, y es rojo y amarillo. El agua llega al pueblo en camiones y, al final de nuestra estancia, en el camión cisterna de la plaza principal ya no quedaba ni una gota de agua. Una sensación de mal agüero se instaló en el municipio.

El hecho de compartir un tiempo juntas de esta manera, aisladas del resto de nuestras obligaciones y ataduras, me ofreció la oportunidad de profundizar en el núcleo emocional e intelectual de la obra de Catalina. La artista, que viaja siempre con sus telas sin tensar, como si fueran una pequeña maleta de amuletos, las extiende en el suelo, y canta, baila, pinta. Invita a la gente a que se tumbe en ellas. Cubre las superficies con capas y capas de imágenes y dibujos, retratos, iconografías inspiradas por la historia del gótico italiano, por animales, plantas y motivos diversos. El proceso de creación no se termina nunca, y los lienzos están siempre ocupados grabando, dejando constancia sobre su superficie del paso de las personas, del paso del tiempo. El soporte también registra el hacer y deshacer de la materia: Catalina pinta sobre trozos de placas de yeso, y después los esparce por el suelo, sobre telas sin tensar, que coloca en capas hasta crear disposiciones espaciales. Dispone estos paisajes en capas con materiales naturales y degradables, de forma que las obras estallan de vida, pero también son reliquias, y las recorremos con una mezcla de emoción infantil y la atención de un arqueólogo.

Desde el momento en que nos conocimos, Catalina y yo descubrimos que compartíamos una pasión por las costumbres que rodean la muerte y el hecho de morir. Relatos antropológicos que explican la muerte y rituales de luto de todo el mundo; reflexiones sobre nuestra propia muerte; una inmersión en prácticas asistenciales

muy cerca de los moribundos: todo esto propició conversaciones mucho más profundas de lo que hubiéramos imaginado, y en un espacio de tiempo mucho más breve. Cuando nos conocimos, Catalina estaba escribiendo una audioguía destinada a ayudar a los oyentes a crear sus propios rituales y a conectar de manera más profunda con su propia mortalidad; una guía repleta, además, de ejercicios para hacer uno mismo en casa. Hace 18 años, en paralelo al desarrollo de su práctica artística, Catalina empezó a trabajar con personas que se encontraban en su final de vida y con sus familias, y a penas unos años más tarde, fundó Vergel, una organización sin ánimo de lucro, basada en el arte, que proporciona curas paliativas a niños con enfermedades que no tienen cura y de larga duración. Probablemente no resulte extraño pues que, después de haber compartido más de una llorera, el final de nuestro periodo de estancia en Salta nos llevara al cementerio de San Carlos, donde paseamos juntas durante varias horas, y donde encontramos y compartimos historias, flores, dibujos. Los fantasmas de Catalina y los míos caminaban a nuestro lado, y de vez en cuando nos tocaban la fibra sensible, siempre demasiado expuesta: en un cementerio, igual que en un funeral, la muerte de una persona es la muerte de todo el mundo.

Fue a partir de la exuberancia de la iconografía y de la decoración que caracteriza la muerte en Latinoamérica cuando me di cuenta de que las pinturas en capas y las instalaciones de Catalina, extraordinariamente alegres, rebosantes de pescados, pájaros, flores, colores, hojas de árbol cosidas entre sí con hilo, fragmentos de placas de yeso adornados individualmente, tierra y frutas, eran un experimento de larga duración para traer vida y alegría al proceso de duelo. Un poco como Penélope, de hecho. Demasiado a menudo, cuando damos sentido a su historia, Penélope desteje su tela cada noche para no finalizar nunca el trabajo de tejera de día. No obstante, en lugar de esto, el psicoanalista Jean Laplanche una vez se preguntó: ¿y no podría ser justamente a la inversa? ¿No podría ser que tejiera durante el día para no acabar nunca de destejer por la noche, para que la tarea del luto no terminara jamás? A medida que imaginamos, y al imaginar pelamos

capas y capas de tiempo en el interior de la obra de Catalina, también estamos repitiendo una ceremonia tan antigua como el tiempo humano: volver a explicar, recordar, transformar para soltar y retener al mismo tiempo.

A sus mundos cósmicos, influidos por la astrología, Catalina les infunde intimidad y conexión. Para la exposición en Mayoral, Catalina León, como título, ha escogido la palabra *agñipé*. Es un neologismo que la artista se ha inventado a fin de anclar la muestra a las energías o ideas que dialogaron con las obras durante el proceso de creación. Catalina me envía los diferentes significados que tiene para ella *agñipé* mientras se embarca en un avión hacia Italia:

agñipé m. y f.

- 1 Día de calor en medio del invierno.
- 2 Algo bello que aparece sin haberlo buscado.
- 3 Sabor agrídulce.
- 4 Burbujeo que se siente luego de haber bailado mucho.
- 5 Lucidez alcanzada cuando se renuncia a entender algo.

Como artista, y como ser humano, Catalina rebosa de *agñipé*. Se tarda tan solo un segundo en darse cuenta. La misma abundancia, exuberancia, dedicación al amor —no dedicación, sino *compromiso* con el amor— integra todas las definiciones de *agñipé*, así como los paisajes emocionales y espaciales que Catalina crea a partir del lienzo y de la situación. Al leer los significados, me imagino las memorias de los veranos de la niñez de un adulto, recuerdos en flashes, borrosos, fragmentados. O las habitaciones y las telas de Catalina, sus altares y sus templos, llenos de materiales vivos y vividos. O, de nuevo, aquella sutil euforia que presagia el comienzo del amor. En su última definición, como en el resto de su obra, encontramos una invitación: «Lucidez alcanzada cuando se renuncia a entender algo». Que es exactamente lo que pasa cuando, al querer volver al mundo, nos replegamos, y en ese preciso momento nos damos cuenta de que el sentido más profundo de la existencia es completamente immanente, o, cuando menos, completamente adherente, a la existencia misma, nace cuando nacemos, se desovilla a medida que nos desovillamos.

— Lucía Pietroiusti



Esperando na Janela
Acrílico, lápiz y tela de algodón

2019-23
180 x 210 cm



Para el Son y la Salsa,
que son fuente de mi alegría
Acrílico y bordado sobre lienzo de algodón

2016-20
232 x 172 cm

Exposición comisariada por el equipo de Mayoral